



El Arzobispo de Oviedo

Custodios de la belleza

Saludo muy cordialmente al Sr. Alcalde de Villaviciosa, D. Alejandro Vega, al Sr. Director General de Cultura y Patrimonio del Gobierno del Principado de Asturias, D. Pablo León. Al Jefe de Puesto de Mando de la Guardia Civil de Villaviciosa, D. Pablo Bravo. Al Sr. Comisario de Aguas de la Confederación Hidrográfica del Cantábrico, D. Gonzalo Gutiérrez de la Roza. De parte de nuestro Arzobispado, saludo al Sr. Vicario General, D. Jorge Juan Fernández Sangrador. Al Sr. Ecónomo diocesano, D. Antonio Nistal. A la Coordinadora diocesana de la Gestión Cultural de Valdediós, D^a Loreto de la Fuente. A la directora de la Oficina diocesana de Bienes Culturales, D^a Otilia Requejo. Al Sr. Director de Obras diocesanas, D. Daniel Cortizo. A los Sres. Arquitectos D. Rogelio Ruíz Fernández y D. Macario González Astorga. A nuestro Guía de Valdediós durante tantos años ya, D. Roberto Carneado Peruyera. Igualmente, a todos los presentes que han tenido a bien acompañarnos en este acto de presentación y posterior bendición de la nueva sala de recepción de visitantes del Conjunto monumental de Valdediós.

No entramos en una casa accediendo directamente a la alcoba, ni al comedor, ni a la cocina. En esas estancias se desarrollan momentos importantes de quienes allí viven y conviven, cuando se trata del descanso reparador y con ensueños, del alimento en armonía y conversación, del arte de saber medir los tiempos y la creatividad para una buena preparación de la comida. Pero, en la casa entramos siempre por el recibidor, que tiene esa función primordial de acogida que luego introduce en las estancias donde de tantos modos se narran historias que determinan la convivencia de una familia.

En Valdediós queremos estrenar precisamente ese espacio que nos permita acoger, introducir, y luego acompañar a cuantos nos visiten, en el asomo a un mundo de arte cristiano que refleja vivamente un modo de concebir tantas cosas que, luego, vendrían expresadas a través del talento que hace las cuentas con la belleza arquitectónica.

Es una estancia de acogida, en la que dar comienzo a un itinerario de sorpresas que tienen la solera de los siglos que nos contemplan. Serán muchas las estancias a las que asomarse desde esta sala de recepción de visitantes. Espacios sagrados como las iglesias para las celebraciones, en donde queda en sus paredes guardado como un secreto el canto y la palabra, la alabanza y la plegaria, los gozos y los llantos, llevadas y traídas durante tantas generaciones por otros visitantes. Espacios profanos en donde la vida iba y venía en el aquí y el allá de las preguntas del corazón, las intuiciones de la audacia, las certezas de la razón, según se expresaban en esos ámbitos la vivencia del alma y la convivencia fraterna que pasaban por los claustros abiertos, por los huertos regados, las celdas habitacionales, los escritorios y bibliotecas, los refectorios de comensales.

La vida que aconteció entre la Iglesia de San Salvador que tuvo comienzo en siglo IX, y el Monasterio cisterciense de Santa María de Valdediós que empezó en el siglo XIII, hace las cuentas con este periplo de arte y belleza que nos retrotrae a un mundo de silencio elocuente y de soledad habitada, que a través de tantos siglos han vivido los cristianos y los monjes que aquí han habitado.

Puerta de entrada, entonces, para un itinerario de cultura y de fe que tiene su inicio en esta sala de recepción para cuantos nos visiten. Emergen como un reclamo amable a nuestra admiración y curiosidad, los vericuetos por los que nuestra mirada se aventurará cuando estemos ante esos espacios sagrados y profanos que vale la pena contemplar aprehendiendo su función y significado para el fin con el que fueron creados la iglesia mozárabe prerrománica y el monasterio románico cisterciense.

El gran cineasta ruso Andrei Tarkovski afirmaba que «lo bello queda oculto para aquellos que no buscan la verdad». Y su paisano Fiodor Dostoievski acuñó en clave teológica esa expresión que ha tenido tan fecundo recorrido: «el mundo será salvado por la belleza». No es la belleza un alarde estético sin más, gratificante a los ojos, pero estéril para el alma. En la belleza nos jugamos nada menos que la comprensión de la creación, porque viene a ser la firma de autor con la que Dios ha querido rubricar su obra. Una belleza que mirándola nos hace bondadosos, y una bondad que se nutre de la verdad que nos constituye. Esta es la obra de Dios, y lo que hace del hombre y de la mujer la criatura que más se asemeja al icono de su Creador. Es la historia del arte que aquí en Valdediós se puede admirar y gozar para nuestro bien.

Termino mis palabras con aquel hermoso mensaje que se dirigía a los artistas en la clausura del Concilio Vaticano II, y que es aplicable a este conjunto monumental que nosotros custodiamos y mostramos: «este mundo en que vivimos necesita belleza para no caer en la desesperanza. La belleza, como la verdad, es quien pone la alegría en el corazón de los hombres, es el fruto precioso que se resiste a la usura del tiempo, que une las generaciones y las hace comulgar en la admiración... Recordad que sois los guardianes de la belleza en el mundo» (*Mensaje del Concilio a la humanidad: los artistas. Concilio Ecuménico Vaticano II. Constituciones, Decretos y Declaraciones. BAC. Madrid 2015. Pág. 1081*). Preciosa cita.

La belleza que se contiene en este conjunto monumental cristiano, es una responsabilidad para nuestra Archidiócesis de Oviedo. Somos custodios de esta belleza que deseamos saber cuidar y mostrar como una luz sobre el candelabro o una ciudad sobre el monte (cf. *Lc 8, 16-18*), a fin de que Dios siga siendo glorificado y los hombres y mujeres bendecidos por la alegría que ensancha el alma y dilata la mirada.

Muchas gracias.



✠ Fr. Jesús Sanz Montes, ofm
Arzobispo de Oviedo

Monasterio de Valdediós (Villaviciosa. Asturias), 7 junio de 2022